

UNA OBRA INÉDITA DE CONSTANTINO VASCONCELLOS: EL CLAUSTRO DEL COLEGIO DE SAN PEDRO NOLASCO DE LIMA

por RAMÓN M.^a SERRERA

Una reciente investigación sobre el trabajo indígena en haciendas y obrajes como soporte económico de la fundación del Colegio de la Merced de Lima en el siglo XVII¹ me he permitido conocer la participación del arquitecto portugués Constantino Vasconcellos en las obras de dicho Colegio. Los trámites para la aprobación del centro, puesto bajo la advocación de San Pedro Nolasco, fueron iniciados en 1644 por los superiores limeños de la Orden, y dos décadas después, tras no pocas dificultades, recibió las correspondientes licencias reales y pontificias para otorgar grados y funcionar como universidad *intra claustra* de los mercedarios.

El solar del inmueble –hoy prácticamente irreconocible– había sido comprado por la Orden a la Compañía de Jesús. Ocupaba toda una manzana a unos cien metros del convento de las dominicas de Santa Rosa, en la ciudad de Lima. La parte reconocible hoy se abre a las calles de Andahuaylas y Miró Quesada, según pude reconocer personalmente en compañía del Dr. José Chichizola.

1. El presente trabajo recoge, salvo algunas modificaciones formales, la última parte del artículo titulado *El trabajo indígena como soporte económico de la fundación del Colegio de la Merced de Lima (siglo XVII)*, aparecido en "GADES", Revista del Colegio Universitario de Cádiz, n.º 1. Cádiz, 1978, págs. 55-86. Por tratarse de un apartado específicamente relacionado con la historia de la arquitectura peruana, ha parecido conveniente reproducirlo de nuevo para una mayor difusión entre los especialistas en el tema, prescindiendo para ello de los aspectos sociales y económicos relacionados con la fundación del Colegio.

Según referencias de mediados del siglo XVII ofrecidas por el provincial de la Merced, el arzobispo de Lima y el procurador general de la Orden, el Colegio se levantó en una manzana o cuadra “cercada por cuatro partes de calle”, rodeada de un muro de seis varas de alto en ciento sesenta y seis varas de sitio “en cuadro”². En sus líneas fundamentales, el edificio seguía el patrón arquitectónico normal en aquella época en centros conventuales. Se componía de una capilla con acceso desde la calle y de dos claustros, uno pequeño inmediato a la Capilla y otro de mayores dimensiones en la zona central del solar.

Acerca de la paternidad de la traza del claustro mayor, existe una noticia de capital importancia, brindada por un fraile limeño de la Orden, que nos pone sobre la pista de uno de los más grandes arquitectos americanos de la centuria. Se trata de una carta dirigida por fray Francisco Bueno a fray Juan de Brizuela y fechada en Lima el 27 de julio de 1663. En uno de sus párrafos dice así:

“El Señor Obispo dio la plata para el segundo claustro. Está en arqueado todo lo bajo y, acabado, es lo mejor que hay en Lima, *porque es la traza de D. Constantino* (sic.). Ahora se tratará de cubrirlo, porque el Señor Obispo ha dado para la madera. Es un claustro muy grande, tiene en el claro del patio ocho arcos cada ángulo, con que viene a ser un patio grande y muy capaz, y esto es sin cubierta...”³.

¿Quién es este don Constantino que se menciona en la carta? No puede ser otro que el arquitecto e ingeniero portugués Constantino Vasconcellos. El hecho de que se le mencione únicamente por su nombre hace suponer que se trata de alguien muy conocido por entonces en los ambientes artísticos de la Ciudad de los Reyes. Además, Vasconcellos se encuentra durante estos años en Lima trabajando en el convento de San Francisco, cuyos planos confeccionó. La obra franciscana, como afirma Marco Dorta, se construyó de una vez y en poco tiempo, entre 1657 y 1674⁴, y la carta arriba reproducida es de 1663, es decir, entre aquellos años. ¿Es de extrañar, pues, que Vasconcellos trazara los planos del claustro de San Pedro Nolasco a petición de los mercedarios? Para nosotros esta pregunta sólo tiene una respuesta.

2. Informe del arzobispo de Lima, don Pedro Villagómez, al Rey. Lima, 11 de junio de 1647 – citado en adelante así: Villagómez, *Informe* (1647)–, fol. 11; e Informe del mismo al Rey. Lima, 11 de agosto de 1658 –citado en adelante así: Villagómez, *Informe* (1658)– fol. 1/v. A.G.I. Lima 330. Ambos escritos recogen descripciones y certificaciones de obras de los propios superiores de la Orden en Lima.

3. Carta de fray Francisco Bueno e fray Juan de Brizuela. Lima, 27 de julio de 1663. A.G.I. Lima 339.

4. Marco Dorta, Enrique: *Arte en América y Filipinas*. “Ars Hispaniae”, vol. XXI. Madrid, 1973, pág. 251.

Hay que recordar además que por entonces el propio Convento Grande de la Merced de Lima aún no había construido los claustros que hoy conocemos. El de los Doctores es de la tercera década del siglo XVIII, y el claustro Grande es del último tercio de la misma centuria (1777-1780)⁵. Y conviene traer a la memoria también que todavía no se había levantado el de San Agustín, de 1684. Razón por la cual resulta lógica la actitud de nuestro informante cuando refiere que “es lo mejor que hay en Lima”. Y es más; si se afirma en 1663 que ya “está en arqueado todo lo bajo” del claustro de San Pedro Nolasco, eso significa que su construcción es simultánea a la de San Francisco y, a mi juicio, anterior, ya que, efectivamente, el claustro franciscano, levantado según la traza de Vasconcellos, se edificó entre 1669 y 1674. Pero el de San Pedro Nolasco se inició bastante antes⁶, pues ya hay noticias de sus obras desde los años cuarenta.

Nos encontramos, según ello, ante una obra de arte clave de la arquitectura peruana de esta centuria. Si se admite su prioridad en el tiempo con respecto al claustro de San Francisco, hay que considerar forzosamente el de San Pedro Nolasco como “cabeza de serie” de los claustros que se construyeron más tarde en Lima. Y todos los posteriores que se vinculan por sus influencias estilísticas con el de San Francisco hay que relacionarlos a partir de ahora con este de San Pedro Nolasco, que inaugura la serie de los grandes claustros barrocos peruanos. El hecho de que no se conserve en la actualidad por haber sucumbido ante terremotos y absurdas reformas urbanísticas no le priva al claustro mercedario del mérito de haber sido el primero. El de San Francisco, a lo más, sigue siendo el primero de Vasconcellos que se conserva, pero no el primero construido. Y quizás se comprenda mejor la rara perfección estilística del franciscano si se calibra la experiencia anterior del arquitecto portugués a la hora de trazarlo.

El claustro grande de San Pedro Nolasco, con ocho arcos por lado, abría sus galerías a 18 celdas para ser utilizadas por estudiantes y superiores. En 1647 se encontraban acabadas diez de ellas, mientras que en 1658 ya se habían terminado doce “en toda perfección”. El resto esperaba todavía su cubierta definitiva, pero sí tenían “labrada toda la madera de las puertas y ventanas”⁷. A fines de siglo todas estaban ya cubiertas y entabladas con ricas maderas labradas.

Quince de estas celdas ocupaban tres lados de la galería del claustro, mientras que el cuarto lado estaba destinado a dos aulas para impartir clases y a la celda del superior, “grande y capaz”. Una de las aulas estaba entablada con “muy

5. *Ibidem.*, pág. 259; del mismo: *Arquitectura Barroca en el Perú*. Madrid, 1957, pág. 15; Bernales Ballesteros, Jorge: *Lima, la ciudad y sus monumentos*. Sevilla, 1972, págs. 257 y 332.

6. Refiere Marco Dorta que Constantino Vasconcellos ya estaba en Perú desde el año 1630. Bien pudo, pues, iniciar esta obra pocos años después, ya que por los años cuarenta ya estaba muy avanzada, según se expresa en los informes de 1647 y 1658. Marco Dorta: *Arte en América*, pág. 254.

7. Villagómez: *Informe* (1647), fol. 11; *Informe* (1658), fol. 1/v. A.G.I., Lima 339.

buena enmaderación” en 1647, y la otra tardaría unos años más, pero, eso sí, con sus puertas y ventanas “primorosamente labradas”⁸.

El Colegio contaba, además, con otro claustro de arquería de dimensiones más reducidas, más próximo a la capilla. Pero en este no intervino Vasconcellos, sino un fraile de la Orden, según se desprende del mismo testimonio del año 1663:

“Otro claustro está acabado detrás de la capilla mayor; ahora se trata de enmaderarlo, porque el Pare Payna (sic), que es quien lo ha hecho, dejó toda la madera y plata para que se haga el cuarto que corresponde a la calle. Dios se lo habrá pagado, porque habrá veinte días que murió”⁹.

En las inmediaciones de este segundo espacio se encontraban el almacén, la portería, la enfermería del Colegio compuesta por cuatro piezas, concluidas en 1658; la capilla, aún no terminada por esas fechas; y otras dependencias generales del centro. El edificio se completaba con un refectorio “acabado con sus mesas y todo lo demás necesario”, despensas, celdas interiores, oratorios, cabailleriza, gallinero, corral de mulas y un amplio huerto conventual, al cual se accedía por un amplio portalón. El inmueble, por lo demás, contaba incluso con abundante agua para cubrir las necesidades de riego del huerto y para el consumo de los residentes, ya que “por la casa entra una acequia hecha de cal y ladrillo por donde corre bastante cantidad”¹⁰.

Se insiste con frecuencia en el detalle de la decoración y cubiertas de madera, hasta el punto de que no se consideraba terminada ninguna pieza hasta que no se cubría con una buena enmaderación; rasgo éste genuinamente limeño que llenaba de orgullo a los frailes mercedarios que dirigieron la obra.

Por lo que respecta al costo de la construcción de la obra, hay una valoración pericial mandada realizar hacia 1658 según la cual “se tasó el sitio y lo gastado en 130.000 pesos poco más o menos, y lo que falta por gastar en esta obra de 25.000 a 30.000 pesos”¹¹. Esta cantidad no discrepa demasiado con los 144.200 pesos que, según fray José de Barrasa, procurador general de la Orden en la provincia de Lima, llevaban gastados hasta 1644 en la edificación del centro¹².

8. Ibidem.

9. Carta de fray Francisco Bueno a fray Juan de Brizuela. Lima, 27 de julio de 1663. A.G.I., Lima 339.

10. Villagómez: *Informe* (1647), fol. 11/v.

11. Villagómez: *Informe* (1658), fol. 1/v.

12. A.G.I., Lima 339. Según una cita que reproduce Bernaldes Ballesteros para el año 1660, el edificio estaba “reconocido por maestros del arte, con asistencia del fiscal, que evaluaron el gasto hecho en 144.200 pesos”. Ibidem. A nuestro juicio la adjudicación de esta cifra para el año 1660 es efectivamente más correcta que para el año 1644. Bernaldes: *Lima*, pág. 257.

Las cantidades no coinciden, sobre todo si se aprecia que la segunda cifra, anterior en el tiempo, es más elevada que la primera. Pero se aproxima bastante y resultan útiles a la hora de hacernos una idea del costo que supuso para la Orden la construcción del inmueble.

La edificación no tuvo mucha fortuna con el transcurrir de los años. Diversos terremotos y cambios de dueños –estos últimos en el siglo XIX– hicieron que llegara a nuestros días sin su primitiva fisonomía. Tuvo que afectarle el terrible seísmo de 1687, que obligó a reconstruir muchos edificios limeños, como ha puesto de manifiesto Bernales Ballesteros. Pero aún más le afectó en la centuria siguiente el terremoto del 28 de octubre de 1746, el más fuerte de la historia peruana. El propio Bernales Ballesteros transmite un curioso testimonio del, por entonces, vicario general de la Orden de la Merced de Lima, fray José de la Fuente, en el que se describen las consecuencias de este desastre:

“Hallé el Colegio casi todo por el suelo, dismantelado y abierto por todos lados; y en lugar de jóvenes aplicados y recogidos, una cuadrilla de mozos mal criados que ni de noche ni de día paraban en los claustros”¹³.

El virrey conde de Superunda trataría más tarde de impedir la reconstrucción de dicho Colegio. Pero los superiores de la Orden realizaron las obras de reparación sin licencia del virrey. Mientras tanto, los estudiantes de la Orden pasaron a residir al viejo Convento Grande.

Salvo algunos detalles que permiten reconocer el origen mercedario del inmueble –como, por ejemplo, la Virgen de la Merced que se encuentra en la parte superior del retablo de la actual capilla–, hoy día el antiguo Colegio es prácticamente irreconocible. Sólo queda la capilla muy transformada, restos de fachada, alguna talla de valor y los espacios correspondientes a los antiguos claustros, y sólo en parte; al menos con seguridad el que se encontraba próximo a la capilla, pues así lo describían en el siglo XVII. Sin embargo, son eso: meros espacios convertidos en patios con galerías modernas, pertenecientes hoy a un colegio de religiosas que lleva la advocación de Jesús Reparador.

Detalle curioso: la manzana o cuadra que ocupaba el Colegio de San Pedro Nolasco durante el siglo XVII se mantiene en la actualidad con el mismo perfil y configuración. Parece que los trazados urbanos resisten mejor los terremotos y los siglos.

13. Bernales: *Lima*, págs. 297 y 298. El texto reproducido corresponde a una relación de méritos y servicios del vicario general de la Orden en Lima, fray José de la Fuente, del año 1770. A.G.I. Lima 902.